

HARUKI MURAKAMI
HOMBRES SIN MUJERES

Traducción del japonés
de Gabriel Álvarez Martínez

TUSQUETS
EDITORES


colección andanzas

Haruki Murakami (Kioto, 1949) es uno de los pocos autores japoneses que han dado el salto de escritor de prestigio a autor con grandes ventas en todo el mundo. Ha recibido numerosos premios, entre ellos el Noma, el Tanizaki, el Yomiuri, el Franz Kafka o el Jerusalem Prize, y su nombre suena reiteradamente como candidato al Nobel de Literatura. En España, ha merecido el Premio Arcebispo Juan de San Clemente, la Orden de las Artes y las Letras, concedida por el Gobierno español, y el Premi Internacional Catalunya 2011. Tusquets Editores ha publicado trece de sus obras: diez novelas —entre ellas la aclamada *Tokio blues*. *Norwegian Wood* y *Los años de peregrinación del chico sin color*, que en pocas semanas vendió en Japón un millón de ejemplares—, las personalísimas obras *De qué hablo cuando hablo de correr* y *Underground*, y dos volúmenes de relatos: *Sauce ciego*, *mujer dormida* y *Después del terremoto*. *Hombres sin mujeres* es su obra más reciente.

Hasta entonces, Kafuku se había subido a un coche conducido por una mujer en varias ocasiones y, a su modo de ver, la manera de conducir de las mujeres podía clasificarse básicamente en dos tipos: o un poco demasiado brusca o un poco demasiado prudente. Por suerte, esta última era mucho más frecuente que la primera. En términos generales, ellas conducen con mayor prudencia y cuidado que los hombres. Desde luego, uno no tiene derecho a quejarse de que alguien conduzca con prudencia y cuidado. Sin embargo, a veces esa forma de conducir puede exasperar a los demás conductores.

Por otro lado, da la sensación de que muchas de las conductoras que pertenecen al «bando brusco» se creen que «ellas conducen bien». Se burlan de las conductoras excesivamente prudentes y se enorgullecen de no ser como ellas. Pero, cuando realizan un cambio de carril temerario, no parecen darse cuenta de que algunos de los conductores que las rodean sueltan suspiros o improperios mientras se ven obligados a utilizar el freno más de lo habitual.

También hay, por supuesto, quien no pertenece a ninguno de los dos bandos. Son mujeres que conducen con total *normalidad*, ni con demasiada brusquedad, ni con demasiada prudencia. Entre ellas, las

hay bastante hábiles conduciendo. Sin embargo, incluso en esos casos, por una u otra razón Kafuku siempre notaba en ellas cierta tensión. No podría explicar de qué se trata en concreto, pero cuando va sentado al lado de la conductora percibe una «falta de fluidez» que le impide sentirse a gusto. La garganta se le reseca o se pone a hablar de cosas triviales e innecesarias para romper el silencio.

Obviamente, entre los hombres también hay quienes conducen bien y quienes no. Pero, por lo general, no le transmiten tensión. No es que vayan relajados. Seguramente también estén tensos. No obstante, parecen saber cómo separar de modo natural —tal vez inconscientemente— dicha tensión de su talante. A la vez que prestan atención a la conducción, charlan y obran con un nivel de absoluta normalidad. En resumen: una cosa es la tensión y otra el talante. Kafuku desconoce dónde radica esa diferencia.

Pensar separadamente en los hombres y las mujeres no es algo que suela hacer a diario. Apenas nota diferencias en las competencias en función del sexo. Su profesión lo obliga a trabajar con el mismo número de mujeres que de hombres y, de hecho, se siente más cómodo al trabajar con ellas. Por lo general, están atentas a los detalles y saben escuchar. Pero, en lo que concierne a conducir, cuando se sube en un coche pilotado por una mujer, en ningún momento deja de ser consciente de que es una de ellas la que lleva el volante. Esta opinión, sin embargo, nunca se la ha

expresado a nadie. No le parece un tema apropiado para hablar con los demás.

Por eso, cuando le contó que buscaba un chófer particular y Ōba, el dueño del taller, le recomendó a una joven, Kafuku fue incapaz de mostrarse contento. Al reparar en su expresión, Ōba sonrió. Como si le dijera: «Sé lo que piensas».

—Escuche, señor Kafuku, le aseguro que esta chica conduce bien. Se lo garantizo. Si quiere, ¿por qué no queda con ella, aunque sea una vez, y la conoce?

—Está bien. Si tú lo dices... —repuso Kafuku.

Necesitaba un chófer lo antes posible y Ōba era un tipo de confianza. Ya hacía quince años que se trataban. Por su aspecto, Ōba recordaba a un diablillo de pelo duro como el alambre, pero, en lo tocante a coches, seguir sus consejos era ir a lo seguro.

—Por si acaso, le echaré un vistazo al alineado de la dirección y, si no encuentro ningún fallo, creo que podré entregarle el coche en perfecto estado pasado mañana a las dos. Ese día avisaré a la chica para que venga, así que ¿qué le parece si lo lleva a dar una vuelta de prueba por esta zona? Si no le convence, no tiene más que decírmelo. Conmigo no hace falta que se ande con reparos.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que veinticinco. Aunque todavía no se lo he preguntado —reconoció Ōba. Luego frunció

un poco el ceño—. Bueno, como acabo de decirle, al volante es irreproachable, pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que... ¿cómo decirlo?, tiene algún defectillo.

—¿Por ejemplo?

—Es antipática, callada y fuma como un carretero —explicó Ōba—. Cuando la vea, se dará cuenta de que no es precisamente la típica chica maja. Apenas sonríe. Y, para serle franco, creo que es un poco *feúcha*.

—Eso no importa. Si fuera una belleza, me pondría nervioso y, además, no quiero dar pie a rumores.

—Entonces creo que es perfecta.

—De todas formas, ¿seguro que conduce bien?

—Es de total confianza. Y no me refiero a «para ser mujer» ni nada por el estilo: es buena de verdad.

—¿A qué se dedica?

—Eso no lo sé. A veces trabaja de cajera en una tienda que abre las veinticuatro horas, otras como repartidora a domicilio... Al parecer, se gana la vida con trabajillos de ese tipo por periodos breves. Trabajos que enseguida deja si le surge algo con mejores condiciones. Llegó a mí por mediación de un conocido, pero ahora mismo no estamos en el mejor momento y no puedo permitirme contratar a otra empleada. Sólo la llamo cuando la necesito. Con todo, me parece una chica muy responsable. Por lo menos, no prueba el alcohol.

La mención del alcohol ensombreció el rostro de Kafuku. Un dedo de su mano derecha se alzó espontáneamente hacia sus labios.

—Entonces quedamos para pasado mañana a las dos —dijo Kafuku. Esa faceta antipática, callada y mal encarada de la chica atrajo su interés.

Dos días después, a las dos de la tarde, el Saab 900 descapotable y amarillo estaba listo. Habían reparado la abolladura en la parte frontal derecha y la habían pintado con tal minuciosidad que apenas se notaba el rasguño. Habían revisado el motor, reajustado las marchas y cambiado las pastillas de freno y las escobillas del limpiaparabrisas. Habían lavado el coche a conciencia, lustrado el volante y dado cera al salpicadero. Como de costumbre, el trabajo de Ōba era impecable. Kafuku llevaba doce años conduciendo aquel Saab, que ya pasaba de los cien mil kilómetros. La capota de lona también se veía ajada. Los días de aguacero, debía estar atento a las goteras que se formaban en las juntas. Pero de momento no tenía intención de cambiarlo por un coche nuevo. Hasta entonces nunca había tenido ninguna avería grave y, ante todo, sentía un cariño especial por aquel vehículo. Le gustaba conducirlo con la capota bajada, tanto en invierno como en verano. En invierno, se ponía al volante arropado con un grueso abrigo y una bufanda enrollada al cuello; en verano, con la gorra calada

y unas gafas de sol oscuras. Disfrutaba cambiando de marcha mientras circulaba por las calles de la metrópolis y, durante la espera en los semáforos, se entretenía observando el cielo. Contemplaba el paso de las nubes y los pájaros posados sobre los cables del tendido eléctrico. Aquello se había convertido en una parte indispensable de su estilo de vida.

Kafuku rodeó lentamente el Saab inspeccionando pequeños detalles aquí y allá, como quien comprueba el estado físico de un caballo antes de la carrera.

Cuando compró aquel coche, su mujer todavía vivía. El amarillo de la carrocería lo había elegido ella. En los primeros años solían salir con él fuera de la ciudad. Puesto que ella no conducía, era Kafuku quien se ponía al volante. Habían hecho varias excursiones. A la península de Izu, a Hakone o a Nasu. Pero durante los casi diez años posteriores había conducido casi siempre solo. A pesar de que había mantenido relaciones con varias mujeres tras la muerte de su esposa, por el motivo que fuese nunca había tenido la oportunidad de sentarlas a su lado. Además, ya no salía de la ciudad, excepto cuando se lo exigía su profesión.

—Desde luego, empiece a notarse algún que otro deterioro, pero de momento todo funciona —dijo Oba mientras pasaba suavemente la palma sobre el salpicadero como quien acaricia el cuello de un perro de raza grande—. Este coche es de fiar. Hoy en día los coches suecos son de muy buena calidad. Hay que

estar atento al sistema eléctrico, pero los mecanismos básicos no presentan ningún problema. Se ve que lo ha cuidado, ¿eh?

Kafuku firmó los documentos pertinentes y, cuando el mecánico estaba explicándole los pormenores de la factura, apareció la chica. Mediría un metro sesenta y cinco y no estaba gorda, pero era de hombres anchos y constitución robusta. En el lado derecho de la nuca se le veía un moratón ovalado del tamaño de una aceituna algo grande, aunque no parecía tener reparo en exponerlo. El cabello, moreno y abundante, lo llevaba recogido hacia atrás para que no le molestara. Se mirase por donde se mirara, no podía decirse que fuese una belleza y, como Oba le había advertido, su gesto era muy adusto. Sus mejillas todavía conservaban algunas marcas de acné. Tenía los ojos grandes, de pupilas diáfanas, pero estaban velados por cierta expresión de desconfianza; la intensidad de su color se hallaba en consonancia con su tamaño. Las orejas, grandes y despegadas, parecían aparatos receptores instalados en una tierra remota. Llevaba una chaqueta de espiga masculina demasiado gruesa para el mes de mayo, pantalones de algodón marrones y unas Converse negras. Debajo de la chaqueta vestía una camiseta blanca de manga larga, y tenía los pechos bastante grandes.

Oba le presentó a Kafuku. La joven se llamaba Watari. Misaki Watari.

—Misaki se escribe con *hiragana*¹. Si hiciera falta, tengo un currículum preparado —dijo ella en un tono en cierto modo desafiante.

Kafuku negó con la cabeza.

—De momento, no es preciso que me lo des. ¿Sabes conducir con cambio manual?

—Me gusta el cambio manual —contestó ella con frialdad. Como cuando a un vegetariano acérrimo le preguntan si come lechuga.

—El coche es viejo, así que no dispone de sistema de navegación.

—No hace falta. Trabajé un tiempo de repartidora a domicilio. Tengo grabado en la cabeza hasta el último rincón de la ciudad.

—Entonces, ¿podrías llevarme a dar una vueltecita de prueba por los alrededores? Ya que hace buen día, podemos llevar la capota abierta.

—¿Adónde desea ir?

Kafuku reflexionó un instante. Estaban cerca del puente de Shi-no-hashí.

—Giras a la derecha en el cruce de Tengen-ji, estacionas en el aparcamiento subterráneo de Meidiya, allí compraré algunas cosas, luego subes la cuesta hacia el parque de Arisugawa, pasas por delante de la embajada francesa y te metes por la avenida Meiji. Y regresamos aquí.

1 Uno de los dos silabarios que, junto con los ideogramas, conforman el sistema de escritura japonés. (*N. del T.*)

—Entendido —convino ella. No le hizo falta confirmar cada paso. Y cuando Ōba le entregó la llave, lo primero que hizo la chica fue ajustar rápidamente la posición del asiento y los retrovisores. Parecía saber ya dónde se encontraba y para qué servía cada botón. Pisó el embrague y probó a meter las marchas. Se sacó unas Ray-Ban verdes del bolsillo de la pechera y se las puso. Acto seguido, hizo un leve gesto afirmativo dirigido a Kafuku. Significaba que estaba lista—. Un reproductor de casetes —comentó como hablando consigo misma al ver el aparato de audio.

—Es que me gustan los casetes... —dijo Kafuku—. Son más manejables que los cedés. Y así puedo practicar mis frases del guión.

—Hacía tiempo que no veía casetes.

—Cuando yo empezaba a conducir, eran cartuchos de ocho pistas —explicó Kafuku.

Misaki no dijo nada, pero a juzgar por su expresión no debía de saber qué eran los cartuchos de ocho pistas.

Como Ōba le había asegurado, la chica era una excelente conductora. Manejaba el vehículo siempre con suavidad, sin trompicones. Aunque las vías estaban congestionadas y a menudo tuvieron que esperar a que el semáforo cambiase, parecía tratar de mantener constantes las revoluciones del motor. Lo notó en los movimientos de su mirada. Pero si por un instante cerraba los ojos, Kafuku era prácticamente incapaz de

percibir los cambios de marcha. Tanto era así que uno sólo conseguía darse cuenta si prestaba oído a las variaciones en el ruido del motor. También pisaba el freno y el acelerador con delicadeza y cuidado. Pero, sobre todo, lo más digno de agradecer era que la muchacha conducía relajada en todo momento. Daba la impresión de que estaba más distendida cuando conducía que cuando no. La frialdad de su semblante se atenuaba y su mirada parecía volverse un poco más cálida. Lo único que no cambiaba era su parquedad de palabras. Si no le preguntaban, no abría la boca.

Sin embargo, a Kafuku eso no le importaba demasiado. A él tampoco se le daba particularmente bien mantener conversaciones banales. No le desagradaba charlar sobre un tema sustancial con alguien con quien se entendiese, pero, si no era el caso, prefería que la otra persona guardara silencio. Recostado en el asiento del copiloto, contemplaba distraído las calles por las que transitaban. Para él, acostumbrado a ponerse siempre al volante, el paisaje urbano le resultaba novedoso desde ese punto de vista.

Cuando en la avenida Gaien-Nishi le pidió que aparcara en línea varias veces, ella se desenvolvió con precisión y eficiencia. Era una muchacha con intuición. Estaba hecha para conducir. Durante una espera larga en un semáforo, la joven encendió un Marlboro. Debía de ser su marca preferida. Tan pronto como el semáforo cambió a verde, lo apagó. Cuando conducía

no fumaba. La colilla no tenía restos de carmín. Misaki tampoco se hacía la manicura, y, al parecer, apenas usaba maquillaje.

—Hay varias cosas que me gustaría preguntarte —le dijo Kafuku a la altura del parque Arisugawa.

—Pregúnteme lo que quiera —dijo Misaki Watari.

—¿Dónde aprendiste a conducir?

—Me crié en las montañas de Hokkaido². Conduzco desde los quince años, más o menos. Allí no se puede vivir sin coche. El pueblo está en un valle poco soleado y las carreteras permanecen heladas prácticamente la mitad del año. A la fuerza aprendes a conducir bien.

—Pero me imagino que en la montaña no podrías practicar el estacionamiento en línea, ¿no?

Ella no contestó. Quizá porque era una pregunta tan estúpida que no necesitaba respuesta.

—¿Te ha contado Ōba por qué necesitaba urgentemente un chófer?

Misaki, sin dejar de mirar hacia el frente, respondió con voz monótona:

—Es usted actor y ahora mismo actúa en un teatro seis días a la semana. Va en su propio coche. No le gustan el metro ni los taxis. Porque quiere ensayar el guión dentro del coche. Pero hace poco tuvo un accidente por colisión y le han retirado el carnet de

2 La más septentrional de las cuatro islas principales que forman el archipiélago japonés. (*N. del T.*)

conducir. Se debió a que había consumido un poco de alcohol y a que tenía problemas de visión.

Kafuku asintió. Era como oír hablar sobre un sueño ajeno.

—Al pasar el examen oftalmológico que la policía le prescribió, le detectaron síntomas de glaucoma. Al parecer, hay un punto ciego en su campo visual. En la esquina derecha. Aunque usted todavía no se había dado cuenta.

Dado que la cantidad de alcohol no había sido excesiva, lo de conducir ebrio había conseguido mantenerlo en secreto. Había procurado que no trascendiese a los medios de comunicación. Pero en cuanto a los problemas de visión, la agencia de actores no podía hacer la vista gorda. Si seguía así, corría el riesgo de que algún coche se aproximara desde atrás por el lado derecho³, que entrase en el ángulo muerto y él no lo viese. Le habían ordenado no ponerse al volante hasta que obtuviera mejores resultados en las revisiones médicas.

—Señor Kafuku —le dijo Misaki—. ¿Puedo llamarle así? ¿Es su verdadero apellido?

—Sí, lo es. Suena bien, pero me parece que no trae ningún beneficio en particular⁴, porque entre mis fami-

3 En Japón los vehículos circulan por el carril izquierdo. (N. del T.)

4 El nombre Kafuku se compone de dos ideogramas que significan respectivamente «casa» o «familia», y «fortuna». (N. del T.)

liares no hay una sola persona de la que pueda decirse que sea rica.

Se hizo un silencio. Luego Kafuku le anunció el sueldo que le pagaría por ser su chófer particular durante un mes. No era mucho. Pero era cuanto la agencia podía pagar. Aunque el nombre de Kafuku gozase de cierta popularidad, no solía hacer de protagonista en películas o series de televisión y los ingresos que obtenía con el teatro eran limitados. Para la clase de actor que era, contratar a un chofer particular, aunque sólo fuese por unos pocos meses, resultaba ya un lujo excepcional.

—Mi horario de trabajo varía en función de la agenda, pero como últimamente me centro en el teatro, por lo general no trabajo por las mañanas. Puedo dormir hasta el mediodía. Por las noches procuro terminar a las once como muy tarde. Cuando necesito un coche a horas más avanzadas, llamo a un taxi. Procuro tomarme un día de descanso a la semana.

—Me parece perfecto —dijo Misaki sin más.

—No creo que el trabajo en sí sea demasiado pesado. Lo más duro quizá sea, en cambio, los tiempos de espera sin hacer nada.

Misaki no hizo ningún comentario. Simplemente mantuvo los labios apretados. Ese gesto indicaba que había soportado cosas mucho más duras en las montañas.

—No me importa que fumes siempre que la capota vaya abierta. Pero cuando esté bajada, no quiero que lo hagas —le dijo Kafuku.

—Entendido.

—¿Alguna condición por tu parte?

—Ninguna en especial. —Misaki entornó los ojos y, tomando lentamente aliento, redujo de marcha. Luego añadió—: Es que me ha gustado este coche.

El resto del tiempo lo pasaron en silencio. Al regresar al taller mecánico, Kafuku llamó a Ōba y en un aparte le dijo: «Queda contratada».

Al día siguiente, Misaki se convirtió en la chófer particular de Kafuku. A las tres y media de la tarde se presentaba en el apartamento de él en el barrio de Ebisu, sacaba el Saab amarillo del aparcamiento subterráneo y llevaba al actor hasta un teatro en Ginza. Si no llovía, dejaba la capota abierta. En el camino de ida, Kafuku siempre se sentaba al lado de la conductora y recitaba en voz alta el guión al ritmo de la casete. Era *El tío Vania*, de Antón Chéjov, en una adaptación ambientada en el Japón de la era Meiji⁵. Él interpretaba el papel del tío Vania. Había memorizado a la perfección todo el texto, pero aun así necesitaba repasarlo a diario para sentirse tranquilo. Era una costumbre que practicaba desde hacía mucho.

5 Periodo comprendido entre 1867 y 1902. (*N. del T.*)